

Modu canta y baila al ritmo de la Orchestra Baobab mientras cocina. También le gustaba limpiar, aunque tenía clarísimo que nunca lo haría si estuviera viviendo con una mujer. Se trataba de una cuestión de orgullo masculino que tenía que ver directamente con la sexualidad. Uno no podría ser capaz de concentrarse en hacer el amor con ardor si sabía que debía encargarse además de las tareas del hogar. En su país, al contrario que en Europa, aquello ni siquiera se planteaba. La virilidad, algo de lo que muchos europeos carecían, suponía para los africanos lo más importante del mundo. Estaba seguro de que las mujeres dejarían de atraerle poderosamente de la noche a la mañana si tuviera que servir las como un criado. Los hombres tenían que ofrecer toda su fuerza en la cama, y luego su potencia sexual se medía mediante la laboriosidad de sus esposas. Los africanos no trabajarían nunca para ellas, lo tenían muy claro. Los marroquíes tampoco. Se trataba de una especie de tabú más importante aún que el del incesto, que debía mantenerse en la especie humana con el fin de preservarla. En su país no es que las mujeres tuvieran que matarse a trabajar. Las chozas tampoco había que limpiarlas mucho. Cocinar, cuando había la suerte de tener algo para comer, resultaba una bendición. Las cosas estaban equilibradas porque la vida era simple, como lo había sido siempre para los pueblos agricultores y ganaderos. Sin embargo, en la sociedad posindustrial, la vida devenía un caos. Vivir resultaba demasiado complicado para los occidentales, pero no para él, que tenía clarísimo cual era su misión aquí. Su labor le parecía en cierto modo mesiánica, pues consistía en restablecer el orden natural en las almas de sus amantes. Y es que con tanta información y servicios, la gente se volvía loca. Cuando quería sexo acudía a internet, y eso era absurdo. El cuerpo humano necesitaba el contacto físico con los demás tanto como el alimento. Y no un contacto breve, sino intenso, como un masaje en toda regla. Los pequeños rozamientos aún excitaban y alteraban más. De ahí procedía quizás la histeria que se decía que padecían muchas mujeres. Lo que les pasaba es que estaban insatisfechas. Podían ser penetradas, pero eso no servía de nada si no se hacía poderosamente. Él empleaba en ello toda su energía, y así todas las mujeres a las que conocía le estaban agradecidísimas. Como recompensa le ofrecían cuanto tenían, pero él no era codicioso y se conformaba con verlas felices. No había nada más triste que las personas hambrientas de amor, deprimidas. Aquí, que tenían tanto que comer, muchos enfermaban e incluso perecían víctimas de esa terrible hambruna. No cantaban ni bailaban porque no amaban. Aquello derivaba de la represión religiosa mantenida en Europa siglos y siglos. Al final los hombres se habían vuelto terriblemente tacaños y egoístas con el sexo. Habían dejado de emplear su energía en ello, para dedicarse a los negocios. Así, con el dinero, los capitalistas utilizaban a las mujeres para desahogarse con el mayor número de ellas, pero sin plantearse en absoluto satisfacerlas. Pero como él no es de esos, ahora cocina cantando y bailando.